

Acabando de en mi ánimo decir aquellas palabras, nos entramos á hacer acatamiento al duque, el cual hallamos asentado en una silla, que parecia ser toda de oro. Estaba en una gran sala toda entoldada de rica tapicería, en la cual estaban con oro y seda tejidas diversas historias, así fabulosas como verdaderas. Estaba allí la duquesa muy ricamente vestida, rodeada de muchas damas y doncellas lozanamente ataviadas con ropas de seda y oro, y gran diversidad de perlas y joyas. Del duque y duquesa fuimos bien recibidos; y preguntándonos la causa de nuestra venida, le respondimos, que la tormenta nos había echado en aquella tierra, porque nosotros éramos extranjeros de muy lejos de aquellas partes, y que nuestro camino era en Efeso, y que como nos hallásemos cansados nos había parecido descansar en aquella tierra, que tan hermosa parecia, y que á lo que con los ojos veíamos lo era mucho mas. El duque respondió cómo á él le placía nuestra venida, y que holgaria que allí nos detuviésemos algun día, porque mejor viésemos la tierra, y conociésemos los usos della. Nosotros, con dar las gracias debidas, aceptamos la merced, y así nos quedamos allí algunos días, de los cuales, hasta que la fria tierra recibía en sí este mi atribulado y cansado cuerpo, yo tendré memoria y soledad, y derramaré infinitas lágrimas, como hago agora escribiendo esto que aquí escribo, rompiendo estos valles adonde me hallo con grandes suspiros, los cuales doy y daré hasta la fin de mi vida, sin tomar consejo de ninguno, porque ni me aprovecha ni lo quiero.

Tornando pues á la historia, la duquesa me tomó consigo, porque yo dije que era hermana de Clareo, que así lo hablamos ordenado, y el duque mandó aposentar á Clareo con un su sobrino. Venida la noche, comenzaron en la sala á tañer suaves y muy ricos instrumentos, de muchas y diversas maneras, y luego las tablas fueron puestas, adonde el duque, por nos hacer honra y por extranjeros, nos mandó sentar consigo, donde fuimos servidos de muchos y diversos manjares; pero lo que mas nos hacia maravillarse era ver cuán diligentemente unos y otros servían, y con cuánta crianza y reposo, honestidad y demasada gracia lo hacían. Las cuales cosas yo considerando y desmenuzando parte por parte todas, decía: « ¡oh bienaventurado tú, que de tantos hijos de buenos te sirves, porque en verdad yo creo, que en esta vida no hay otra mayor bienaventuranza, ni cosa de que mayor envidia á los grandes se deba tener, ni menos hay mayor mal ni mayor lástima que servirse de aquellos que no lo son! Alzadas las mesas habiendo estado un poco el duque en conversacion con aquellos caballeros criados suyos, y la duquesa con sus damas, pasando entre todos muchos y graciosos donaires y cosas agradadamente dichas, el duque mandó que nos fuésemos á nuestras posadas, y que en la mañana iríamos á caza, y á la noche habria sarao; y así cada uno se fué, y yo recogida conmigo comencé de pensar en cuántos trabajos me traía la fortuna, y cuán gran reposo era el de aquella gente, y cuán bien empleado, pues que tan alegremente vivían, gastando todo lo que tenían con grande ánimo en dulce vida y suave conversacion.

Venida la mañana, todos fuimos en pié, y dos doncellas de parte de la duquesa me trujeron vestidos de monte y ansimismo los llevaron dos pajes á Clareo; y puesto todo en orden salimos á montar por aquellos bosques que junto á la casa estaban, y salió el duque muy acompañado y con tanto aparato, que un príncipe no pudiera salir mas. La caza fué muy apacible y de gran regocijo, y matando algunos venados y puercos, nos volvimos á casa con tanto estruendo de trompetas y atabales, que parecia hundirse la insula. Y apeándose en palacio el duque con la duquesa, todos nos fuimos á despojar de aquellos vestidos de monte, y nos volvimos á la misma sala de la posada, y luego cenamos, porque el duque había ordenado que hubiese aquella noche cierta conversacion, que solían usar,

la cual era, que acabando de cenar entre sus caballeros y damas se trataban y disputaban algunas quistiones y burlas agraciadas y discretas; y esto sotilmente y sin ningún perjuicio, con mucha cordura y discrecion, no porfiando, ni dando voces ni gritos, ni tractando de los linajes, ni de las tierras ó naturales, la cosa mas baja y menos usada entre personas avisadas y celosas de tener buen nombre; porque los hombres de precio y valor sus obras han de tener por padres, y sus virtudes por natural y tierra, y con esto lustran y esmaltan sus personas, y aumentan su linaje, y con no ser nobles y virtuosos lo menoscaban y desmenuyen.

Ser uno nacido de noble sangre y de hidalgos padres, yo lo tengo por bueno en verdad; pero el alegallo ni decillo es de personas que estriban poco en su condicion y obras. Allí en aquella conversacion no tractaban ni reprehendian las cosas que no se saben, lo que ninguno, siendo avisado ó buen cortesano, debe hacer; porque á cada uno conviene tractar la cosa que sabe, y de otra manera no es sabio, ni entre aquellos que lo fueren por tal será tenido. No se tractaba allí quién come bien, quién viste mejor, quién gasta mas; porque de todas estas cosas el buen cortesano huye mas que de ponzoña ó rejalar. Allí finalmente hablaban poco, y no incitaban á hablar mucho, gastando mas tiempo en pensar en lo que decían que no en decillo.

Tornando pues á la historia, asentados que fuimos á la mesa y servidos cumplidamente, alzadas las tablas, el duque estuvo esperando que todas las damas y caballeros volviesen de cenar, en el cual tiempo se cantó suave y dulcemente toda la historia de Dafne con Apolo, y cómo él se dolía y ella se tornaba en lauro. Acabada la música, entraron aquellas damas y caballeros tan agraciada y ricamente vestidos, que muy gran placer recibían los ojos en mirarlos; y puestos todos en orden, el duque mandó que la contienda de aquella noche fuese entre Melisena, una dama de la duquesa, y Roselindos, un su caballero; y así sosegados todos, Melisena preguntó cuál era mas dificultoso, fingir amor con no tenello, ó encubrirlo con tenello; á lo cual Roselindos respondió, que era mas difícil encubrirlo; porque quien fengía, que era señor de sí, y que podía bien hacerlo; pero el que amaba, que no estaba en su mano poder encubrir el amor que tenía. Pasó mas adelante Melisena diciendo, que se debía de tener en mas: una dama hermosa y no avisada, ó discreta y no hermosa. Respondió Roselindos, que en mas se debía de tener la discreta, y que la razon era porque la discrecion era hermosura del ánimo, y la beldad era dote del cuerpo, la cuál con el tiempo perecía, y que la cosa del ánimo siempre permanecía; y que demás destas razones, que ninguna cosa, por de gran precio que fuese, se podía igualar con el saber; porque la persona sabia sabia hablar, sabia conversar, sabia callar, sabia finalmente seguir la razon. Preguntó más: si puede haber amor sin celos; respondió que no, porque amor es cosa llena de cuidado congojoso, y que quien ama siempre teme, y que celos no es otra cosa sino temer que la cosa que amais no os ame, sino quiera y ame á otra persona, y que en tanto se estiende este mal, que así como es el mayor de todos, así en él hay mayores estremos de lo que hay en otro ninguno. Preguntó qué señal había mas clara para saber si una persona amaba; respondió, que tener celos de otra. Preguntó qué partes había de tener una persona para que la amasen; respondió, que ser secreta. Preguntó, qué quién era mas constante en amar, si el hombre ó si la mujer; respondió, que el hombre, como mas fuerte y dotado de cosas mas firmes que no la mujer. Preguntó, si el amor convertido en odio tendria tanta fuerza como solía tener aquel amor de antes; respondió, que no, y la razon era, que por amor grande muchos se habían muerto, perdiendo su vida, pero que por odio, ninguno. Preguntó, que cuál

era mas poderoso, si el amor ó si la avaricia; respondió, que el amor, pues hacia liberal al avaro; y desta manera se concluyó aquella plática, y la duquesa me importunó, que yo pusiese alguna quistion, de lo cual yo me escusé.

Pero á la fin quise errar con obedecer, y dije: « yo queria saber destas damas y caballeros, qué debía de responder un caballero, que queria encubrir sus amores, á una pregunta que tres damas le hicieron: para lo cual es menester saber que en la ciudad de Alejandria, donde yo agora con mi hermano Clareo vengo, había un caballero el cual servía á tres damas, y ninguna dellas sabia de la otra, porque cada una pensaba ser sola, porque el caballero se había en sus amores tan cueradamente, que dél no se podía entender mas, que solamente servía á una sola, como en la verdad sirviese y amase á todas tres. Pues avino así, que la una dellas le dió una medalla, y la otra una cadena, y la otra una rica espada, con las cuales cosas él se iba paseando un día, riberas de un rio. Y hallándose aquellas damas en aquella parte, pusieron todas los ojos en él, y comenzaron con mucha aficion de loar cuán agradadamente le estaban aquellas lindas preseas que llevaba, loando cada una dellas aquella que le había dado; y como no estuviesen conformes, porque la que le había dado la medalla, la loaba, y quien la espada, y quien la cadena lo mismo; y así por quitar esta contienda acordaron de mandarlo llamar, y cortesmente saber del cuál de aquellas piezas estimaba y queria mas, pensando cada una que luego responderia que la que ella le había dado. Dúdase qué responderia para que todas ellas quedasen contentas, y no sospechase una de otra. A esta mi pregunta hubo diversas y muy diferentes respuestas; pero la verdadera dió un caballero extranjero, que allí con el duque se estaba holgando, diciendo que el caballero debía de responder, para poder satisfacer á todas aquellas damas, que de aquellas tres piezas él estimaba mas aquella que le había dado la dama á quien servía; porque así cada una lo entenderia por sí, y todas quedarían contentas. La cual respuesta fué aprobada y loada por todos aquellos caballeros y damas, y con eso, pasada muy gran parte de la noche, nos recogimos, siendo ya en aquella casa tan queridos como si mucho tiempo en ella hubiéramos conversado; porque esto tiene la gente noble; que luego ama y favorece, haciendo en esto su oficio, y lo que por natural tiene y en la leche mamó.

CAPITULO XII.

En el cual se trata de los honestos ejercicios que en aquella insula se usaban, y de cómo Clareo halló allí á Menelao, aquel cosario que le había robado á Florisea, y lo desafió y mató en campo.

Pasada aquella noche, otro día que nos levantamos fuimos á palacio, y era cosa de espantar ver los honestos ejercicios que en aquella insula y casa usaban; porque unos tañían, otros cantaban, otros esgremían, otros jugaban al ajedrez, otros á la pelota, otros estudiaban, otros se iban á caza, otros se ejercitaban en cabalgar, otros en justar, y otros en tornear, y en otros diversos y honestos ejercicios; y así las damas con gran honestidad y señorío acompañado de cortés crianza entendían en sus labores; y lo que mas me espantó en aquella casa era la gran honestidad que en las palabras había y el poco perjuicio; porque no hay cosa peor ni de mayor flaqueza, que privar uno con su príncipe con decir mal de otro su compañero y amigo, como agora acontece y cada día vemos. Habiendo pues estado allí algunos días y queriéndonos partir, el duque ni duquesa no lo consintieron, antes nos hicieron detener allí gran tiempo, en el cual aconteció, que un día que Clareo entraba á ver al duque, como siempre usaba, vió estar entre aquellos caballeros á Menelao, aquel cosario que á Florisea había robado, como atrás os habemos contado; que cuando lo vió y se afirmó en ser él, toda la color se le mudó, y todo turbado se en-

tró al duque y le dijo, que su señoría supiese, que allí en su palacio estaba un cosario, el cual le había matado cruel y traidoramente á las cosas que él mas había amado y querido, y por quien mayores trabajos había pasado; y entonces brevemente le contó la historia como pasaba, y que por tanto suplicaba á su señoría que le mandase hacer cumplida justicia, pues que así convenia á tan gran príncipe; y que donde no, que él se vendría, y en campo como buen caballero se combatiría con quien tanto mal y daño le había hecho.

El duque quedó espantado en oír á Clareo, y le respondió, que á él pesaba de que en su tierra se hallase persona que le hubiese dado sobresalto; pero cuanto á hacer justicia, que supiese que él no podía hacerlo de ninguno, que no fuese su natural, y que así lo tenía establecido por ley, por respeto que muchos caballeros, que tenían quistiones se venían allí á se amparar y defender de las injusticias de aquellos reinos donde habían cometido el delito. A lo cual Clareo replicó, que aquello se debía de entender, cuando las quistiones fuesen honrosas; pero que lo que aquel había hecho era traicion, y por tanto debía ser castigado. El duque á la fin concluyó, que él no podía hacer aquella justicia; pero que pidiese campo y desafiase á Menelao, y que él se lo haría dar, siendo Menelao contento, lo cual aceptó Clareo, y llamando á Menelao delante del duque, le puso la acusacion, contando todo el caso delante de aquellos caballeros y damas, que muy espantados quedaron; y cuando vino á decir que había cortado la cabeza á Florisea y arrojado el cuerpo en la mar, todas las damas hubieron gran piedad, y los caballeros reprehendieron y afearon tan gran crueldad. A las cuales cosas Menelao respondió sosegada y mansamente, diciendo que él no conocia á Clareo, ni jamás lo había visto, y así negaba todo lo contra él dicho; y que se espantaba mucho que delante tan gran señor, como era el príncipe, ninguno se atreviese á decir ni levantar tan gran falsedad. Estaba allí Rosiano y algunos criados de Clareo que sabían la verdad, y cómo había pasado la cosa, y así lo contaron al duque, y Rosiano dijo que él se combatiría con Menelao sobre la tal razon, dándole su señoría licencia.

Pero Clareo no consintió, antes dijo que á él convenia hacer aquella batalla, y que lo que había dicho era la pura verdad, que no había otra; y así lo mantenía, para lo cual lo desafiaba, y decía que él había robado y muerto á Florisea, teniendo con él amistad de hermano, lo cual había hecho cautelosamente, como traidor y malvado que era; y que esto él se lo haría conocer en campo, á uso de bueno y leal caballero. Como Menelao se viese así desafiar, y él no hubiese mandado matar á Florisea, y se confiase en sus fuerzas, aceptó el desafío; y dados los gajes, quedó asentado que el día siguiente se hiciese la batalla, lo cual á mí dió gran pena por temer el peligro de Clareo, por que Menelao era muy nombrado y membrado y de grandes fuerzas; pero, disimulando lo mejor que pude, pasamos el día, en el cual no se habló en otra cosa mas que en la batalla siguiente, y en la gran crueldad de Menelao.

Venido el día, el duque mandó cercar un campo grande que delante los palacios estaba, y mandó armar gente que lo tuviese seguro; y venidos á la finestra el duque y duquesa con muchas damas y caballeros, y yo entre ellos, estuvieron esperando la fin de aquella batalla, á la cual, venidos los dos caballeros armados de todas armas, mandó á dos principales hombres que fuesen jueces; y entrados en el campo y partido el sol, comenzaron una brava y sangrienta batalla, la cual duró cuasi dos horas, y descansando tornaron á ella, yo siempre temblando y rogando á Dios que sacase con bien á Clareo della; y así todas aquellas damas mis amigas, por el gran bien que todas me querían. Y á la fin, como Clareo tuviese la justicia, Dios se la dió; porque aunque Menelao fuese mas versado en las

armas, Clareo lo venció y mató, lo cual á todos dió placer y contento, y el duque de ahí en adelante lo estimó mas. Acabada esta batalla, nos determinamos de partir; y despidiéndonos del duque y duquesa, y de todos aquellos caballeros y damas, lo pusimos por obra con muchas lágrimas de todos ellos, y no menos de nosotros; pero no fueron entonces ningunas para las que agora son. ¡Oh triste de mí, y quién nunca partiera de aquella tierra, ó ya que partía muriera ahogada en la brava y alta mar, y fuera tragada y comida de los peces della, y no haberme venido á vivir en aquestos valles, adonde á todas horas lloro, á todas horas suspiro, á todas horas peno, á todas horas me quejo, á todas horas muero, á todas horas cuido, á todas horas grito, á todas horas rompo con suspiros los cielos, los valles y montes, y ablando las peñas, de tengo los ganados, y espanto á los pastores, y ningun remedio hallo!

CAPITULO XIII.

En el cual se cuenta cómo Isea con Clareo llegaron á Efeso, adonde hallaron á Florisea viva y cativa en poder de un cosario, y cómo Isea, sin la conocer, la compró, y de las grandes cosas que pasaron.

Habiendo navegado algunos días con próspero tiempo, después que de la insula de la Vida partimos, aportamos á Efeso, adonde de todos los de mi casa fui bien recibida, y con mucho placer y alegría de los moradores de la tierra, principalmente de una mi hermana que gran bien me quería; y sabida nuestra venida, luego comenzaron muchos de nos ver y visitar, con los cuales nos alegráramos, y recibíamos gran contento; con lo que Clareo se holgaba en extremo, espantándose de ver mi casa y de ver cuán rica era. Luego aquel día (porque llegamos muy de mañana), venida la tarde yo mandé adrezar carros y caballos, para que fuésemos á ver mis posesiones, que tenía muchas y muy ricas, así lejos de la ciudad como cerca; y aquel día fuimos á una que estaba una milla de la tierra por poder tornar aquella noche, y alcanzar de mi marido lo que tanto deseaba. Avino pues así, que después de haber mirado aquella rica posesion, entrando por un camino que todo era cubierto de sombríos árboles, vimos venir por él una doncella, la cual venia tan rota y desnuda, que las carnes se le parecían, y venia atada con gruesas cadenas, todos los cabellos traía cortados, y la cabeza toda rasa y mal compuesta, de tal modo que bien mostraba su gran desventura, y con todo tenía hermoso y agraciado rostro. Esta la traía presa un antiguo criado de mi marido y casa, el cual bien conoció á mi nuevo esposo, aunque él no á él, ni menos á la cativa que consigo traía, la cual arrojándose á mis piés, llorando muy fuertemente comenzó á decir: «¡oh piadosa señora! doleos y habed piedad desta sin ventura sierva y cativa, pues es mujer como vos, y libre cuando Dios quería; pero agora sierva y esclava, pues mi fortuna así lo quiere.»

Yo, viendo aquella pobre doncella así atada y tan mal vestida, hube muy gran piedad della, y movime á compasion; y haciéndola levantar, le pregunté amorosamente la causa de su fortuna, y quién le había puesto aquellas cadenas, y que no me negase de decir verdad en todas aquellas cosas que le demandaba, pues que su presencia mostraba ser de noble sangre y claro linaje. A las cuales cosas la doncella discretamente respondió, diciendo que ella era natural de la ciudad de Tesalia, y que su nombre era Lacerna, y que aquel cosario la había habido de otros sus compañeros, pagando por ella sesenta ducados; por tanto me pedía que la tomase por mi esclava y la sacase de poder de aquel, el cual, por no querer conceder en su deshonesto demanda, la traía así atada, y cada día crudamente la azotaba. Yo le respondí, que se esforzase y estuviese de buen ánimo, porque yo la libraría y mandaría á su tierra, y haciendo llamar á Amete (que así se llamaba el que la traía), mandé que la desatase, y me co-

mencé de enojar con él, diciendo: «¿quién te hizo á ti cosario, y quién te enseñó á tratar así á las doncellas? No lo aprendiste tú en mi casa.» Amete, no respondiendo nada, hizo mi mandado, y yo la llevé á mi casa, y mandé á una de mis doncellas que tuviese cuidado della. Aquella cativa (como dije) aunque Clareo la vió, no la conoció, ni supo como aquella era su querida Florisea, á la cual la ventura quiso resucitar, porque muriese yo de todo, y pluguiese á Dios que fuese una sola vez, y no tantas como cada día muero, metida en estos valles, tan sin esperanza de ningun bien, que no puedo sufrir ya mal.

Tornando pues á la historia, luego que nos sentamos á la mesa, llamó Rosiano á Clareo aparte, diciendo que le quería hablar, y secretamente, y le dió una carta de Florisea, la cual así decía: «no pensaba yo, Clareo, que tu fe fuese tan poca, que en pago de tantos trabajos como por tí he pasado y sufrido, me hubieses así olvidado, y te casases tan presto, y tuvieses á la triste Florisea en tu casa por esclava y sierva de tu propia mujer: no merecía esto el verdadero amor que te tenía; no merecía esto el haber dejado á mi padre; no merecía esto el haber dejado á mi tierra; no merecía esto el haber navegado (por tu causa) la brava mar, sufriendo los grandes peligros della; en pago de las cuales cosas por tu causa soy hecha esclava y comprada por tal, siendo por tu solo respecto robada de cosarios y perdida por la mar, en galardón de las cuales cosas y grandes fortunas, trabajos y adversidades, tú, como hombre ingrato, mudable y sin fe, te has casado, de lo que yo soy contenta, pues tú lo eres, y lo soy también en llorar mi gran fortuna. A la cual, pues la nueva esposa impide dar remedio, pídotelo tan solamente que hagas con tu mujer que me mande á mi tierra, como prometido me ha; y si te pareciere cosa grave en recompensa de tantos naufragios hacerme este beneficio, harás lo que mandares; y por agora goza alegre de tus bodas y nueva esposa.»

Leida la letra por Clareo, quedó maravillado y la color mudada; se comenzó de abrasar y renovar las viejas y antiguas llagas, y con gran temor, tornando á mirar la letra, si era de Florisea, y afirmábase que sí, y quedaba atónito y espantado, y así de temor y de alegría era combatido, sin saberse determinar, ni saber cómo pudiese haber resucitado Florisea, habiéndola él visto matar en la mar; y volvióse á Rosiano, y dijole: «tú ¿por ventura traesme aquesta letra de los campos Eliseos, ó qué quiere ser que Florisea haya resucitado?» A lo cual Rosiano respondió: «tú sabrás por cierto que Florisea es aquella que tú viste encadenada en aquel camino, cuando veníamos á la ciudad, y no es mucho que no la conocieses por traer los cabellos cortados, y haber pasado tan grandes mudanzas y trabajos; porque no hay cosa que mas haga mudar la persona de aquello que ser solia, que sufrir fatigas y tener poco contento.» A lo cual Clareo (viendo ser así) dijo: «¡ay de mí! que agora veo que dices verdad, y ruégote, que pues mis orejas han sido tan dichosas que hayan oído tan gran bien, que mis ojos sean diños de vella.—Por mi consejo (dijo Rosiano) tú por agora disimularás, y harás que no entientes nada, porque bien sabes que Isea es la mas principal señora de toda esta ciudad, y la mas rica y mas aparentada, y de mejores y mas nobles deudos, y sabes lo mucho que te quiere; y como si agora supiese que esta es Florisea, á quien tú tanto quieres; que como mujer desesperada convertiria el amor en odio, y nos destruiria á todos; así que, consideradas todas aquestas cosas, no sirve ni aprovecha nada el descubrir este secreto, ni que se entienda, porque antes nos podria en extremo dañar. Isea le prometió de envialla á su tierra; podria ser que lo haga, y creo sin duda que lo hará, diciéndoselo tú disimuladamente y sin afincar en ello, y desta suerte se podrian acertar nuestras cosas, y de otra sería gran yerro.»

A Clareo pareció bien lo que Rosiano decía, y así lo determinó hacer; pero no pudo encubrir la alegría, antes tornaba á hablar con la carta, como si fuese la misma Florisea, y con grandes suspiros decía: «¡oh muy querida y dulce Florisea mía! con razon te quejas, con razon lloras las grandes fortunas que por mí sufres y has sufrido, de las cuales yo he sido autor y causa;» y diciendo aquestas cosas, estando todo su sentido entregado en ellas le parecía que, verdaderamente leyendo aquella letra, tenía delante de sí á Florisea, y pensaba que le decía: «¡ah Clareo adúltero, cruel, mudable y sin ninguna fe! Y ¿qué bodas son aquestas, qué razon hay, ni para las gentes, ni para los dioses, que pueda disculpar tan gran yerro; y qué razon hay que llore yo cativa, esclava, extranjera y sierva, siendo hija de claros padres y natural de noble tierra, teniéndote firme fe; y que te goces tú por quien no engañaste como á mí? Que no solamente creyera á las blandas palabras que me dijiste, pero creyera si me dijeras que el cielo daba peces y las ondas llamas, y todas las otras cosas que imposibles parecieran; y volviéndose á Rosiano, decía: «yo quería mucho saber la causa de Florisea ser viva, habiéndola yo visto descabezar, y habiendo yo mismo fecho enterrar su cuerpo, llorando tantos dias sobre su sepultura.—Basta (dijo Rosiano): por agora no hay mas que saber, porque á su tiempo ella, pues que es viva, dará su razon de todo y cómo ha pasado; lo que agora es menester, que sin tardanza le escribas y esfuerces, que yo así lo he hecho, jurándole que lo que hiciste fué forzosamente y con gran necesidad.—¡Ay de mí! (decía Clareo) y ¿cómo creará ella eso y lo mas que pasa? Porque yo te juro por aquella amistad verdadera que hay entre nos, que no conozco ni sé mas de Isea, después que nos casamos, que lo que sé de Florisea, á quien por propia hermana (como tú sabes) tengo y he tenido; pero pues en esto no hay mas remedio de lo que ves, quiero comenzar las primeras palabras de mi letra, y amor diga lo mas.»

Y así le escribió una letra, que decía: «Muy dulce y querida señora mía: gran espanto he recibido con tu letra, y no menós alegría por saber que eras viva, habiéndote yo llorado tantos dias por muerta. Acúsasme en tu carta de mudable y sin fe; yo soy cierto que si supieses la verdad, que no me culparias, antes conocieras el amor grande que te tengo. Por agora te pido solamente que esfuerces, y encubras nuestras cosas, porque así yo te prometo que las llevemos á puerto seguro, en el cual nuestros ánimos descansan de tantas adversidades. Vive alegre y contenta, que Dios á estas cosas dará buen fin, con reposo y descanso de nuestros cansados ánimos.» Escribió la carta, la dió á Rosiano, para que la diese á Florisea, rogándole que la animase y la dijese la verdad. Y acabadas todas estas cosas, se volvió adonde yo estaba, y por mas que quería encubrir aquella alegría, no podia, viniendo como turbado; y fingiendo que tenía gran mal, se acostó sin querer cenar, y acompañándolo yo, me comencé á doler de su mal y dolor, y con amorosas palabras le pedía no me quebrase la fe que me había dado, ni faltase de su palabra, diciendo que ya éramos salidos de Alejandria y de la mar, y que ya estábamos en parte adonde habíamos de dar fin á nuestros deseos. Pero él, dando por causa su mal, se escusó de manera que me parecía aquella cama la mesa de Tántalo, que aunque me hallaba cerca de las aguas, no me era lícito gustallas, ni concedido bebellas; pero con todo le rogaba con muchas lágrimas quisiese ablandar su ánimo, y cumplir con lo que me había prometido; pero jamás pude acaballo con él, dando por escusa aquella su nueva enfermedad.

Yo, no sabiendo ya qué hacerme, ni sabiendo qué decir, habiendo con mis lágrimas bañado todo el lecho, me dormí, y esto con propósito de buscar modo por vía de encantamiento, de manera que lo forzase á quererme bien, pareciéndome que aquella mi cativa lo podía bien

hacer; porque me había dicho que era de Tesalia, y todas las de aquella tierra saben muchas cosas para hacer que una persona quiera bien á otra; y así con este pensamiento me levanté de mañana, y mandándola llamar, me entré con ella sola en una cámara; y venida, me pareció hermosa en demasia, y diferente de cuando la encontré venir presa y encadenada; y como amor á todo da fuerzas é ingenio, con osadía le comencé de hablar desta suerte: «bien sabes, amiga, con cuánto amor y voluntad te recibí ayer, y cuánto me doli de verte venir tan maltratada, y con cuánto amor te metí en esta mi casa, en la cual por cierto tú puedes mandar como si fuese propia tuya, porque basta que tú seas extranjera, para que yo haga por tí todo lo que yo pudiere, principalmente, haciendo tú por mí una cosa que rogarte quiero, la cual es de tanta importancia acerca de mí, que la misma vida no lo es mas. Tú me dijiste ayer, que eres de Tesalia, y yo sé bien que las mujeres de aquella tierra son sábias en cosas de encantamiento, y saben tanto que pueden prender los ánimos, y hacer que uno quiera, por mas duro que sea, de lo cual yo tengo gran necesidad; porque ha querido mi ventura que sea casada con un hombre, que para mí no es mas que si fuese de piedra, por el cual yo he pasado grandes afanes, así en Alejandria, adonde lo conocí, como en la mar, no aprovechando ruegos, ni querello yo tanto, ni ser tan rica, ni cosa ninguna de las que hacen á los hombres amar, cuando saben que son amados; porque no de otra manera es para conmigo de lo que sería si fuese de duro hierro, ó de seco leño, ó de alguna otra materia ajena de piedad ó de sentimiento; porque por los dioses paternos te juro, que yo he estado cinco meses casada con él, de la misma manera que con una estatua, sin recibir otro ningun contento mas que apacentar los ojos en mirar su hermosura. Por lo cual yo te ruego, amiga mía, que en galardón del beneficio que de mí has recibido, que tú me quieras dar algun remedio para ablandar aquel que solamente nombre de mi marido tiene, y con esto tornar á mí de muerte á vida.»

No es menester demandar si Florisea recibió placer destas cosas que oía, certificándose por ellas de la gran fe de Clareo; y así seguramente y encubriendo su nuevo placer, me respondió que ella estaba aparejada para hacer todo lo que fuese servido mandarle, y en ello recibir muy señalada merced, porque segun lo mucho que me debía, todo lo que por mí hiciese sería muy poco, y que yo le diese licencia para ir á buscar algunas yerbas, con las cuales tenía por cierto que haría gran oficio. Yo con esta nueva esperanza, alegréme en gran manera. Clareo por otra parte no sabia ya qué imaginar para poder escusarse de mí; yo, en conclusion, envié á Florisea cerca de la ciudad, á una mi casa que de placer se llamaba, adonde los veranos nos solíamos ir, para que allí buscase las yerbas que decía, las cuales considerad, piadosas señoras, cuáles serian, siendo buscadas y cogidas por la mano de aquella que tanto quería y amaba á mi nuevo esposo, y él á ella.

CAPITULO XIV.

En el cual se cuenta cómo Tesiandro, marido de Isea, que pensaban ser muerto, aportó á su casa, y de las grandes cosas que con su venida pasaron.

Pasadas todas estas cosas, que arriba os habemos contado, queriéndonos sentar á las tablas con gran regocijo de muchos deudos míos que allí comian con nosotros, oímos en la casa grandes voces; y toda la gente turbada, como si algun daño se les hiciese, ó pusiesen fuego á la casa, ó la quisiesen robar, ó matar los que dentro estaban, comenzó á gritar; al cual alborozo, nosotros que nos queríamos sentar á comer, nos levantamos de la mesa por saber la causa; y sabida, era que un servidor de mi casa venia tan turbado, que cuasi descansado no podía hablar,

diciendo que Tesiandro, mi marido (el cual yo tenía por muerto), era vivo y entraba en casa dando grandes voces; y apenas acababa el siervo su embajada, cuando Tesiandro daba sobre todos. Yo, aunque turbada y fuera de mí (temiendo no matase á Clareo), me puse delante, mostrando querello abrazar; pero él, no consintiendo, con gran ira se volvió á Clareo, diciendo: «este es el malvado adúltero, corrompedor de mi casa y honra», y diciendo estas cosas, como él fuese de grandes fuerzas, echóle mano de los cabellos, y comenzó á tractar, no de otra manera que si lo quisiese sacrificar al dios Apolo. Yo, viendo así tractar á las cosas que tanto amaba, y mas que á mí misma quería, con gran dolor lo sufría, porque ningún golpe se daba en su cuerpo, que á mí no me traspasase mi ánima, y mas que él lo sintiese. El cual, después que Tesiandro estuvo cansado, se levantó en pie, y muy humildemente le preguntó la causa de así tratallo. Pero mi marido no queriendo oír ninguna razon (porque así acontece al que deja la verdad y sigue la ira), mandó traer sogas y gruesas cadenas, y atar muy bien al sin ventura de Clareo, y metello en una oscura cámara.

Aconteció pues así al tiempo que á mi tan querido Clareo llevaban preso, que se le cayó aquella carta que Florisea le mandó, y el día de antes le había escrito, la cual yo presto alcé y escondí, temiendo no fuese por ventura alguna de aquellas que yo en Alejandria le había escrito; pero después de pasado aquel día, habiéndose ido Tesiandro en casa de un su amigo, que por amansallo lo había llevado consigo, yo tuve tiempo de mirar la carta, y hallando en ella el nombre de Florisea, y comprendiendo bien lo que decía, caí muerta sobre mi lecho, entendiendo por aquella carta (la cual hacia fe de la verdad) Florisea ser viva, y ser aquella á quien yo mis secretos había descubierto, pidiéndole remedio en mi pena; la cual fué entonces en mí mayor que jamás había sido, aunque hartó mayor es la de agora; y víme combatida de ira, y de amor y de celos: de ira, viendo que había tantos días que amaba á Clareo, y que lo había recibido en Alejandria por marido, haciéndolo señor de mí y de mi hacienda, y amándolo tanto no había podido acabar con él que quisiese dar algún contento ó descanso á mi cansado y sin ventura corazón, pudiéndolo tan bien hacer; pues por mas hermosa que Florisea fuese, mas había de valer una mujer viva, por fea y disforme, que no otra muerta, por mas linda y acabada que sea. Gran desventura fué la mia, y diferente de todas, porque hacer una persona mal en vida, muchas veces lo habemos visto, y lo mismo después de muerta, por los trabajos y sentimiento que deja á los que la querian y amaban. Pero hacerme esta mal en vida, porque poniendo todo el amor Clareo en ella ninguno ha quedado para mí, y haciéndomelo después de muerta, pues que por su causa Clareo jamás ha concedido en mis ruegos tan acompañados de lágrimas y de continos suspiros, y agora tornando otra vez á vivir para hacerme mal, esto yo creo que nunca se haya visto.

Pasadas conmigo sola todas estas cosas y grandes quejas, tuve manera con la guarda de aquella cámara que me dejase entrar á ver á aquel que tanto mal á sí y á mí había hecho; y entrando lo ví preso y con duras cadenas atado; y aunque yo no tuviese corazón de dolerme, no pudo tanto la ira que con grandes lágrimas y menudos suspiros no hubiese piedad y dolor en mi ánimo del; y así le comencé de hablar diciendo: «¡oh desdichada, sola yo, y tú, hombre culpado y nacido para mi destrucción, haciendo que desee aquello que no puedo alcanzar! ¡oh loca de mí y mal avisada, pues que tengo amor á quien me tiene odio, y amo á quien de día en día me hace ser mas desventurada y de menos ventura, y con todo, siendo ofendida con tantas ofensas, no puedo dejar de amar y querer! ¡oh triste de mí, entre dos personas metida, que la una toma placer con mi pena, y la otra es ida á coger yerbas

para me matar y quitar la vida, y con todo yo soy tan loca que busco ayuda de aquellos que me son mortales enemigos». Y diciendo esto le arrojé la carta delante, y le dije: «mira si conoces esa letra, y mira cuán bien me pagas el amor que te tengo. ¡Oh sin ventura de mí, atormentada con tantos males! Por tí he perdido mi marido, y así perderé á tí que te irás con tu nueva esposa, y dejarás á la sin ventura Isea en continuo llanto, siéndole forzado como mujer sin ventura dejar su tierra, su padre y deudos, y irse por el mundo á vivir y morar en estrañas y peregrinas tierras. Porque ¿cómo podrá estar entre las gentes quien por tu causa tiene nombre de adúltera, y lo terná en cuanto viviere, y aun después de muerta le quedará? ¡Oh desventurada de mí, que en esto soy diferente de todas las mujeres del mundo, porque las otras, si cometen un yerro contra su marido, gozan de algún bien, pero yo sin ningún gozo padezco tan gran deshonra! ¡Oh mas cruel hombre que un tirano ó cosario! ¿y puedes tú sufrir que una doncella así flaca padezca, por quererte, tan grandes y demasiados tormentos, principalmente sufriendo y sintiendo las cosas de amor? ¿y ¿puedes no temer, que Dios, como justo juez, no me dé venganza de tí? ¿Es posible que estas mis lágrimas, que ablandarian un duro mármol, que no ablanden y enternezcan tu duro corazón? ¿y ¿es posible que mis ardientes fuegos no hayan podido mudar tu cruel ánimo, ni menos aquellos continos y grandes suspiros míos? Pues ¿qué es esto, ó quién ha impedido á cabo de tanto tiempo que mis deseos no se hayan cumplido? ¿Soy por ventura alguna vieja, sino moza y no menos hermosa que las otras, y que tanto te quiere? Dí, ingrato desconocido, enemigo de hermosura, que ciertamente que yo creo que alguna doncella debes de ser. Plega á Dios, mal hombre, que todas tus cosas se hagan mal, y que nunca tus deseos se cumplan, ni cosa que quieras te quiera, ni tengas descanso, ni tengas placer, ni tengas contento, ni persona con quien conversares te ame ni quiera bien, y que sufras pesar, trabajos, tristezas y mala ventura, y infortunada y desastrada suerte.»

Acabadas de decir todas estas razones, Clareo no respondía nada; antes, teniendo los ojos bajos, derramaba algunas lágrimas. Yo, viéndolo así, mudado en la color, y atado en gruesas cadenas, ablandé mi ira, y tornando al amor, que en mí firme estaba, torné á decir asentándome junto con él: «¡oh muy amado y dulce Clareo mio! Dolor é ira han sido la causa de las palabras que te tengo dicho; pero como el amor que te tengo sea mayor que mi pena ni ira, por grandes que sean, no puedo dejar de ablandar mi ánimo y dolerme de tí y de mí; y cierto no es maravilla, si mi lengua movida con ira, no se ha podido refrenar; porque el fuego que me quema ha causado mi pasión, y el dolor que siento por verte tan ingrato contra mí; pero ya que conozco mi yerro, y de lo pasado te pido perdón, tórnote á pedir que solamente hoy me quieras dar descanso, á lo menos por no quedar, tú partido, con esta lástima, y con hacer esto, con el agua de tan gran piedad matarás los grandes y encendidos fuegos que me abrasan y queman; y considera lo que tú padeces para que conozcas mi mal, porque solo los que aman conocen las fuerzas del amor. Mira que no nos resta mas que este día, porque luego vendrá mi marido, y no sé lo que será de mí ni de tí; y haciendo esto, á mí darás remedio, y á tí juntamente que te haré poner en salvo. Acuérdate del juramento que hiciste en Alejandria en el templo de la diosa Iside; y si lo quieres cumplir, yo no me curo ni doy nada de cien Tesiandros; y cuanto á Florisea, yo me contento, pues es tu mujer, que la recibas y tomes, porque no quiero otra cosa mas que gozar de tí este solo día; y doy gracias á Dios, pues que mi desventura es tan grande, que no solamente tú, que eres vivo, me haces guerra, pero los muertos resuscitan para me la hacer, cosa jamás vista ni oída. Y así, pareciéndole á los hados que no bastaba

una Florisea, resuscitaron á mi marido, que por muerto se tenía, para que delante de mis ojos tratase así á las cosas que yo tanto quiero, sin podellas valer ni remediar; que pluguiera á los inmortales dioses que yo lo pudiera hacer como tú, querido Clareo, puedes hacer lo que con tantas lágrimas te pido y con tan gran amor te ruego; lo cual, si no quieres hacer por este respeto, hazlo por lo que hice por tu querida Florisea; hazlo, porque la libré; hazlo, porque la saqué de prision; hazlo, por el buen tratamiento que le hice; hazlo, porque por mi causa aportaste á esta tierra, en la cual hallaste las cosas que mas querias y tenias tan por muertas. Mira lo poco que te pido, y lo mucho que te amo y quiero; y no quieras por un breve momento, en el cual me puedes dar vida, dejarme siempre en pena y perpetua muerte. Mira que estas cosas todas no las hablo yo, sino amor, el cual por su misma boca está diciendo: «Clareo, haz lo que te pide Isea, y obedéceme, pues no es nacido quien no lo haga; y pues que así es, haz lo que amor manda, si quieres dolerte de mí, y que tus cosas te sucedan bien y prósperamente. Porque á pesar de mi marido te poné en salvo, y te haré llevar en casa de un mi amo, donde podrás estar escondido fasta que pueda hallar remedio, y ternás contigo á Florisea, la cual es ida á coger yerbas para destruírme, que yo como desesperada había querido buscar los postreros remedios del amor.»

Habiendo dicho todas estas cosas, lo desaté y comencé de bañar con tristes lágrimas; pero ninguna de mis razones pudieron ablandar su duro corazón, diciendo que él se determinaba de hacer todo lo que yo quería, pero con tanto que no fuese en mi casa, y que prometía que si lo pusiese en salvo, que en casa de aquel mi amo obedecería mi voluntad y mandado; y que porque viesse que él no faltaría, que pedia fuese con tal condicion que yo no enviase allá á Florisea hasta tanto que él cumpliese su palabra y juramento. Parecióme aquella razon buena, y quise vivir en aquella esperanza por tener algún término de vida y no desesperar de todo, queriendo que la falsa esperanza valiese mas que no el verdadero temor; porque los que quieren siempre se engañan, y esperan hasta que de todo se ven sin remedio; y con esto me determiné de ponello en salvo, dando esta forma, y diciendo: «quírome fiar de tí con la condicion que pones, para lo cual te desnudo y vistete destes mis vestidos, y cubre el rostro con este velo, y salte con Rosiano á una puerta que te guiará, y ahí hallarás un paje, que te llevará en casa de aquel mi amo.»

Y así dada esta órden, se vistió y parecia con aquel nuevo hábito tan hermoso, que Aquiles metido entre las monjas no le debió de igualar; y acabándose de vestir, yo le di trescientos ducados, y abrazándolo se comenzó de ir, informándolo de todo lo que debía de hacer. Y como todos los que lo viesan pensaron que yo fuese, seguramente pudo pasar; pero quiso mi fortuna que mi marido, mas manso de la ira, aconsejado de aquel su amigo que no se apartase de su casa ni de mí, se venia á su posada, y en su compañía Amete, el cual le venia contando la historia de Florisea, y loándose en extremo de muy hermosa, y viniendo así hablando, conoció Amete á Clareo, y dijo á Tesiandro: «ves aquí el adúltero que tenias preso, y que tu mujer por salvarlo lo ha vestido de sus propios vestidos;» lo cual, oído por mi marido, y conociendo ser verdad, comenzó á gritar tan reciamente, que á sus grandes voces vino la justicia; y sabiendo la causa, y viéndolo en vestidos de mujer, lo prendieron, y en graves prisiones mandaron meter, y acusándolo por adúltero delante las justicias, lo dejaron y se fueron. Y yéndose por el camino, Amete dijo á mi marido: «yo quiero que tú goces de aquesta doncella cativa, la cual es hermosa en extremo, y creo que es esposa deste adúltero;» entonces le contó todo lo que pasaba, sin faltar cosa. Al marido le pareció

buen consejo; y deseó de ver aquella doncella, y se determinó de ir en aquella casa, adonde le dijeron que estaba; y como la vió, llegado donde estaba, se comenzó de encender y abrasar por ella, porque el amor luego traspasa y mata donde hiere.

CAPITULO XV.

En el cual se cuentan los amores de Tesiandro con Florisea, y de las cosas de Isea y trabajos de Clareo.

Como Florisea sintiese abrir la puerta, y viesse entrar á mi marido con aquel que tan mal la había tratado, toda quedó turbada, y luego mostró en el rostro la tristeza y turbacion, en el cual se ve lo que en el corazón se siente como la imagen en el espejo; y así mudada la triste doncella abajó sus ojos, y sin hablar palabra se estaba. Pero Tesiandro, viendo su hieldad, la cual resplandecía como los rayos del claro sol, le comenzó á decir: «hermosa señora, ¿hasta cuándo piensas tener tus hermosos ojos puestos en tierra?» A las cuales razones Florisea comenzó de llorar amargamente, respondiendo, que ella no entendia lo que decian, y que era ella una pobre cativa, sierva y criada de una señora de aquella ciudad, que Isea se llamaba, y que por su mandado era allí venida á coger ciertas yerbas. Tesiandro le dijo que ella seria señora y no sierva, diciéndole otras muchas razones, las cuales no tuvieron ninguna fuerza en aquella que á otro tanto amaba, antes comenzó á derramar muchas lágrimas por sus hermosos ojos, las cuales tuvieron tanto vigor que hicieron llorar á Tesiandro, y dejarla por entonces, encomendándola á Amete; y así se partió á la ciudad y se vino á casa, y entrando me contó todo lo pasado.

Yo, entendiendo que Clareo estaba preso, quedé toda turbada; pero disimulando, acordé de responder á mi marido, que adúltera me llamaba, diciendo: «tú has soltado y hecho desatar aquel adúltero, y tú lo has puesto fuera de casa, y tú lo has hecho huir; pues ¿por qué no lo sigues? ¿Por qué no vas á buscar tu nuevo amante?» Yo le dije: «¿de qué adúltero me hablas, ó entiendes por ventura lo que dices? Sosiega tu ánimo, y pierde tu ira; y si quieres oír, sé tú mismo el juez. Aqueste mancebo no es adúltero, como tú dices, ni menos es mi marido; él es natural de Fenicia, y hombre rico y de noble sangre; quise su ventura que, navegando por la mar, la fortuna le fué muy contraria; perdida toda la hacienda que tenía, y así desbaratado y pobre, aportó á estos puertos, y yo, recordándome de tu ventura, hube mancilla del, y fui movida á piedad, y por caridad le mandé dar posada, pensando conmigo que tú podrias hallarte en algún lugar de la misma suerte y fortuna; y que cuando fuese verdad que tú (como era fama) fueses muerto, no me parecia usar mal oficio, si por tu amor usase obra de piedad con todos aquellos que yo sabia habían recebido algún daño en la mar. Y así á muchos que en tormenta perecieron he hecho sepultar, y de todos el postrero que he recogido es este mancebo, el cual yo he honrado pensando hacer obra piadosa, por haber sido navegante como tú; y por esta causa, querido marido mio, he habido piedad de su desventura, no de otra manera que si fuese imagen de la tuya; y esta fué la razon de haberlo recebido en esta tu casa. Has mas de saber, que el desventurado lloraba su mujer, que había perdido, y pensaba que fuese anegada, y llorando siempre su trabajo, y la gran soledad que della tenía, fué avisado que estaba en casa de Amete, nuestro mayordomo, como aun agora está. Infórmate del, y cuando hallares que no es verdad lo que te tengo contado, acúsame por culpada y adúltera, que bien sabes tú cuán honestamente he siempre vivido, y que esta infamia falsa ha nacido de aquesta piedad mia; y de tú no saber la verdad y creer á la fama, á la cual, si se debe creer, yo debía tener por cierto tú ser anegado; y cierto que la mala y falsa nueva tiene gran deudo y parentesco con la fama,

como si madre é hija fuesen, y la fama tiene la lengua mas aguda que cuchillo, y arde mas que fuego, y su decir es mas dulce que el canto de las sirenas, y es mas lijera que las ondas, y vuela mas que el tiempo; y luego que la mala y falsa nueva comienza á hablar, comienza la fama á volar, y á correr mas que saeta, y hiere las orejas de aquel á quien se endereza, y derrámase después por todas las cortes, villas y ciudades; y así estas dos pestilencias han conjurado contra mí; y habiendo prendido y ocupado tu ánimo, como malas y falsas acusadoras, no dejan ni consienten que mis verdaderas palabras puedan hallar en tus orejas entrada; y esto destruyen hoy día á muchos, porque si un falso con falsa acusacion acusa á uno delante de su señor ó delante de su príncipe, y trata mal dél, suele imprimir tanto aquella falsa y perversa acusacion, que aunque después el pobre acusado se quiera defender ó desculpar no le aprovecha, ni le vale, lo cual no es justo; mas antes sin razon, y no conviniente á las personas que lo dicen, y son dinos de gran culpa, y muestran poco ánimo; pues que piensan no valer con las personas que sirven sin decir mal de otras, con quien tienen odio y de quien tienen envidia; la cual es la peor cosa que en cualquier suerte de personas hallarse puede, y es destruccion de las honras, y causa que la virtud no sea honrada, ni los virtuosos favorecidos, ni los grandes vistos ni conocidos; y el mal es que la envidia roe y come á los ánimos de los envidiosos, como la polilla á los paños; y esta envidia reina á mas contra los grandes y en las casas grandes, destruyéndolas y despedazándolas, y poniéndolas en pleitos, discordias, trabajos, desventuras, y poco ó ningun reposo ni sosiego, y es causa de que muchos bajos suban, y otros de mayor suerte anden abatidos; porque la envidia sigue la naturaleza del sol, el cual escurece las cosas claras y resplandecientes, y hace resplandecer á las oscuras, y así la envidia, como dije, abaja las cosas grandes, y aclara y hace subir á las pequeñas. La envidia jamás mira derecho, sus dientes siempre están llenos de hollin, nunca rie sino cuando ve alguna mala fortuna á alguna persona noble y virtuosa; nunca duerme, mas siempre anda velando y pensando cómo pueda buscar mal á su vecino; y cuando ve que la fortuna favorece y se muestra favorable á alguno, de pesar se torna flaca y amarilla, y desama finalmente á todos los que ve subir. Y así yo creo bien que algun envidioso, porque nos vió valer y subir, por destruir esta nuestra casa y abajalla, porque le pesaba de la ver noble y grande, ha metido discordia y odio entre nosotros, lo cual tú no debias consentir, ni torcer la razon por dar orejas á falsos envidiosos, que con falsas nuevas quieren turbar tu ánimo y nuestro reposo y sosiego, que tener solíamos. Y dichas todas estas cosas, mi marido se comenzó de amansar, aunque no de todo; pero yo, disimulando, no curé de decir mas, y tenia muy grande pena por la prision de Clareo y por no poder cumplir mi deseo, y quejábame de mi ventura; pues me era tan contraria, que el cabo de un trabajo era comienzo de otro mayor.

En este tiempo que yo lloraba por Clareo, y Clareo por se ver preso, y Florisea por se ver sierva y cativa y seguida de mi marido, Amete tornó, y entrando adonde estaba, con alegre rostro, le comenzó de hablar y decir: «hermosa doncella: con razon te debes alegrar, pues que Tesiandro se muere por tí, y segun te ama y quiere, creo que sin duda te tomará por mujer, por lo cual te debes dejar de hacer llantos, antes recibir alegremente tan gran bien, considerando la condicion y cualidad de Tesiandro; y porque mejor lo sepas te la quiero contar. Tú sabrás, cuanto á lo primero, que aqueste es marido de Isea, en cuyo poder estás, porque pensándose que era muerto en la mar, ha venido vivo y sano; es de la mejor y mas noble casa desta ciudad, es el mas rico della, es gentil-hombre y de linda y agraciada conversacion, y sobre todo

manso y muy bien acondicionado, lo cual debe de ser agradable á toda mujer. Oidas todas estas cosas por Florisea, airadamente respondió: «¡oh hombre bruto y malvado! ¿Y hasta cuándo has de acabar en tu vano razonamiento? ¿Qué me importan á mí todas aquellas cosas que tú me dices, ó qué cuenta tengo yo con Tesiandro? Que si él es gentil-hombre, séalo para su mujer; si rico, para su casa y criados; si manso y magnánimo, séalo para quien tiene necesidad dél, que yo ninguna tengo, ni se me da que sea mas noble que Codro, ni mas rico que Creso, y por tanto no hay necesidad de que tú me lo loes, ni me cuentes sus gracias ni grandezas. ¿Sabes tú cuándo yo lo loaré? Cuando viere que no ofende á las mujeres, sino que las ampara, defiende y favorece; porque aqueste seria oficio de noble, y obra de hidalgo y de generoso hombre, principalmente siendo yo extranjera y lejos de mis padres y de todas las cosas que bien me quieren. Aquesto, si él lo hiciese, le loaria yo; por todas esotras cosas, lóceselas quien las ha menester, que á mí sola aquesta que digo me convendrá loar, y no otra.» A las cuales cosas respondió Amete: «cierto que tú debes de burlar.—Y aun para burlar estoy yo, respondió Florisea: ¡ay! por Dios, que me dejes, que mi desventura me basta, viéndome entre tantos trabajos, cercada de mis enemigos.—¿Enemigos llamas (dijo Amete) aquellos que te quieren y aconsejan lo que te conviene, y te dan marido, y te dan casa y te dan riqueza, y te dan que seas señora de quien agora eres sierva y esclava? Considera bien todas aquellas cosas y piensa el bien que se te apareja, y amansa tu ira y yo tornaré, y Tesiandro juntamente á te ver»; y con esto se fué y la dejó.

No dejando ella de llorar, y de su mal quejarse y de su poca ventura, y lamentándose decia, repitiendo las palabras muchas veces: «¡Oh Clareo, Clareo, Clareo! Y si sabes tú adonde agora me tiene mi desventura y gran fortuna, que á lo menos, yo no sé agora en qué parte tú estés, ni qué sea de tí, y así no sabiendo uno del otro vivimos triste y desventuradamente. ¡Oh cuántas cosas temo, y con razon, porque amor todo es temores y congojosos cuidados! Yo temo que Tesiandro, hallándose en su casa desposado con Isea, su mujer, te mataria á crudas puñaladas, y así acabarían tus dias, y con ellos mi bien y mi descanso y toda mi gloria; porque aunque agora todas estas cosas me falten, tu vida era esperanza para en algun tiempo cobrallas. ¡Oh amigo querido y amado de mí, mas de lo que ninguna madre quiere, ni ama ningun hijo que mucho quiera! Y ¿qué haré yo, combatida con estos dolores, no pudiendo preguntar ni saber lo que ha sido de tí? Y así no te pudiendo hablar, muero porque todo me daña. ¡Oh dulce Clareo, marido de sola esta sin ventura Florisea, y con esto contento y fiel, y el mas constante, y mas casto que Narciso ni Hipólito, que no han bastado ruegos de Isea, riquezas, ni regalos para que tú hayas quebrado la fe que me tienes y te tendré! Y ¿es posible que habiendo yo salido de la mar y aportado á tierra, adonde verte pudiese, que ni te vea ni te hable, ni te abraze, ni en tus trabajos acompañar pueda, ni tan solamente decir: ¡oh amigo! y ¿cómo te va? Y ¡oh triste de mí! y ¿en quién hallaré consejo, ó quién me aconsejará, y qué responderé yo á Tesiandro, que me tiene aquí metida y presa y encerrada, el cual por ventura me querrá forzar, y no me valdrán mis lágrimas, ni tendré ningunas armas con que defenderme pueda? Pero dudosa conmigo, y metida entre tantas congojas, yo le quiero decir la verdad, y cómo mi nombre es Florisea y mi tierra Bisanzo, mis padres nobles y los principales de la tierra, y que mi padre se llama Helisandro, y mi madre Pithia, y que Clareo es mi marido; y que yo no me llamo Lacerna, ni soy de Tesalia, porque los cosarios que de Alejandria me robaron me pusieron este nombre, las cuales cosas, aunque no parezcan verdaderas, podría ser que me aprove-

chasen y moviesen á piedad, si para mí ha quedado alguna.»

CAPITULO XVI.

En el cual se cuentan las cosas que Tesiandro pasó con Florisea, y cómo hizo echar fama que era muerta.

Parece ser que, al tiempo que Florisea decia todas estas cosas, habian llegado á la puerta Amete y Tesiandro, y habian oido todas las quejas que Florisea decia; y acabando, Tesiandro dijo á Amete: «¿qué te parece de estas cosas y grandes quejas que aquesta doncella da?—No creo que sean verdaderas, ni que sea hija de Helisandro, porque es la mas principal persona de Bisanzo; pero páreceme que aqueste ladrón de su esposo sea algun nigromante, porque Florisea é Isea entrambas mueren por él.—Entremos (dijo Amete), que si esta te comienza de amar, no se le dará un clavo por Clareo; porque tu gentileza es tanta, que comenzándote de querer, se olvidará luego; que la nueva llama es causa que la primera se pierda, y todo lo presente se ame y desee. Con aquesto Tesiandro se esforzó, porque las cosas que dan esperanza de alcanzar lo deseado, muy fácilmente se creen, y así entraron dentro, y sentándose sosegadamente Tesiandro comenzó de mirar á Florisea, y parecióle muy mas hermosa que cuando el primer día la habia visto: cosa muy conocida, y esto por estar el amor, que es un olvido de la razon, señoreado sobre él, y el fuego criado y esparcido por todas las partes de su cuerpo. Y comenzó de hablar pocas palabras y mal entendidas; y de poca sustancia, porque así acontece á los amantes, cuando se hallan delante la persona que aman, que jamás aciertan á decir lo que sienten; porque quien sabe decir lo que sufre y la pena que pasa, no ama ni quiere, ni tiene mal. Basta que forme las palabras en su ánimo y muestre el dolor en su gesto.

Estando así, Tesiandro se quiso llegar á Florisea, queriendo tomar mas osadía y atrevimiento de lo que en su honestidad hallaba, y así, apartándose la pobre doncella, le dijo: «tú no haces obra ni oficio de noble, ni de buen caballero, en querer forzar una sin ventura extranjera, y querer contra su voluntad cumplir tus desenfrenados deseos, de lo cual te quiero desengañar, que aunque cierto supiese que me habias de echar á los tigres ó bravos leones que me despedazasen, yo no seria traidora á Clareo mi marido. Por tanto, no te canses en pensar que tu deseo habrá efeto ni se cumplirá. Abastarte debia la respuesta que á ese malvado di, que de mi parte te diese, las obras y costumbres del cual yo pienso que tú debes querer usar y seguir.» Aquestas palabras hicieron á Tesiandro salir cuasi de seso: tanto era el amor y la ira que ardian en su pecho.

Amor é ira son dos cosas que enseñorean el ánimo del hombre, y son muy contrarias y enemigas, y trabajan de vencerse la una á la otra, y cada una querría ser superior; y cuando se alcanza la cosa deseada vence el amor, pero cuando no, amor queda despreciado y reina la ira. Y si el amor va de vencida, la ira como mala y pérdida lo manda como á sierva, y no consiente paz entre los amantes, antes convierte el amor en odio como en muchos habemos visto. Lo cual avino á Tesiandro, que viendo que Florisea despreciaba su amor, perdida toda esperanza, entregóse á la ira, y hizola señora de sí; y así trabó de Florisea comenzándola de tratar mal, diciendo: «malvada sierva, llena de toda maldad, y ¿piensas tú que no entiendo yo tus obras y tus fingimientos, y no te hacia yo muy gran merced y favor en querer hablarte, siendo tú mi esclava y yo tu señor? Por lo cual, pues no me quisiste por marido, yo haré que me obedezcas como á señor.—Por cierto, Tesiandro, que como tú no toques á mi honra (respondió la doncella), que yo te sirva de rodillas, y no digo yo de esclava, pero de otra cosa mas baja, si mas se

T. III.

hallare; y bien sabe tu criado, que presente está, cuántos trabajos y cuántas fortunas he pasado y sufrido solo por conservar mi honra; y así tú puedes en mi persona probar todos cuantos géneros de tormento quisieres, que yo soy contenta de sufrillos todos, agora sean de fuego, agora de frio, agora de hambre, agora de sed, agora me atormenten con hierro, agora con duras sogas, que todo lo sufriré paciente y con alegre cara, sufriendo toda áspera manera de pena y de dolor.—Calla, calla, malvada mujer de un adúltero, dijo Tesiandro.—Tú tienes razon, respondió Florisea, de llamar adúltero á quien siendo casado justamente con tu mujer (pues se tenia por cierto que tú y yo éramos perdidos en la mar), y con todo esto jamás ha querido hacer cosa que no deba. Con mas causa te puedes llamar á tí, pues quieres forzar en tu casa una sin ventura doncella.—¿Doncella tú (dijo Tesiandro) habiendo andado entre cosarios? Por Dios que sí, sino si por ventura se tornaron eunucos ó filósofos.—Eso sabe bien tu siervo Amete, si la verdad decir quiere; baste que yo he estado entre cosarios, que de Alejandria me robaron y en poder dese tu gentil hombre; y con todo he conservado mi honra, de lo cual á mí se me seguirá mas gloria y fama que no á tí de quererme forzar; lo cual si tú perdistes la ira conocerias claramente ser así. Yo finalmente me determino de perder la vida por conservar mi honra; y por tanto traed hierros, traed azotes, traed fuegos, traed cadenas, traed sogas, y atormentadme desnuda y en carnes, y arrancad mis cabellos, sacad mis ojos, quebradme los dientes, cortadme las manos, y hartad en mi vuestra saña; que yo sola, desnuda y mujer traigo conmigo un tan fuerte escudo, que es la libertad, que no se puede combatir con armas, ni abrir con hierro, ni quemar con fuego, y así no la perderé jamás, porque, por mas que abraseis aquestas mis carnes, no hallareis fuego que de mí la pueda partir.»

Viendo Tesiandro la gran constancia de Florisea y lo poco que aprovechaban sus ruegos, acordó de buscar algun medio, por el cual sus deseos se cumpliesen, porque estando confuso, en cosa ninguna sabia ni podia determinarse. Parecióle pues fingir un cierto engaño, por el cual pensó que sus cosas se harian bien, y fué así: que buscó un extranjero, de quien confió, al cual hizo meter en la prision de Clareo, para que fingiese que Florisea habia sido muerta por mi mandado; lo cual hizo á fin que si Clareo quedase vivo, viendo que Florisea era muerta, se fuese y la dejase, y que así él podría gozar della, principalmente que, viendo que yo la habia mandado matar, me querría mal, y por no verme se iria. Y así habiendo por todas estas razones ordenado esta cautela, luego habló con el carcelero, que era grande su amigo, y le dió cuenta de todo lo que pasaba, el cual así por la amistad como por la buena paga aceptó lo que le rogó.

CAPITULO XVII.

En el cual se cuenta cómo habiendo entendido Clareo que Florisea era muerta, lo sintió tanto que, por desear la muerte, dijo en juicio que él la habia muerto, y de las mas cosas que sobre esto pasaron delante los gobernadores.

Entrado aquel mancebo en la prision, en la cual estaba Clareo, y dando grandes suspiros comenzó á decir: «¡oh sin ventura de nosotros! ¿En qué modo ó manera podremos vivir seguros; pues no basta ser buenos ni usar bondad ni virtud? Ciertamente que yo debí de nacer debajo de triste estrella. ¡Oh, quién fuera adevino por poder conocer el ánimo de aquel con quien ayer tomé compañía! Habiendo dicho todas estas cosas, los presos, deseosos de saber las penas ajenas, por consolar algo las suyas, le comenzaron á decir: «y di, triste mancebo, ¿qué desventura ha sido la tuya, porque tus lamentaciones y grandes suspiros muestran que por gran causa la fortuna te trujo á esta grave prision? A lo cual el mancebo, después de

29